# UNA PASION

EN

# EL DESIERTO

POR

H. DE BALZAC.

(TRADUCCION DE G. C.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
1880
Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA
*calle de las Pozas, núm. 12.*

Es propiedad.

# UNA PASION EN EL DESIERTO.

—Es un espectáculo que infunde terror, me decia ella al salir de la exposicion de fieras de Mr. Martin, donde acababa de ver á este atrevido domador *trabajar* con su hiena, como se dice en estilo de cartel.

—¿Por qué medios, continuó, habrá llegado á dominar esos animales, hasta el punto de que le obedezcan de tal modo?

—Ese hecho que os parece un problema, la respondí, es sin embargo una cosa muy natural.

—¡Oh! exclamó dejando vagar en sus lábios una sonrisa de incredulidad.

—¿Juzgais á los animales desprovistos por completo de pasiones? la pregunté, pues sabed que podemos comunicarles todos los vicios inherentes á nuestra civilizacion.

Ella, al oir esto, se me quedó mirando con aire asombrado.

—Cuando por la primera vez, continué, ví á Mr. Martin, se me escapo como á vos una exclamacion de sorpresa. Hallábase á mi lado y habia entrado al mismo tiempo que yo, un viejo militar con una pierna amputada, cuya fisonomía me habia llamado la atencion. Tenía una de esas cabezas de líneas vigorosas que llevan marcado el sello de la guerra, y sobre cuya frente parecen estar escritas las batallas de Napoleon, y veíase, sobre todo, en el anciano soldado un aspecto de franqueza y alegría que prevenia en favor suyo. Era indudablemente uno de esos veteranos á los que nado sorprende, que encuentran asunto de broma en el último gesto de un camarada moribundo, le amortajan ó le desnudan riendo, dirigen con aire de autoridad órdenes á las balas, y fraternizan aunque sea con el diablo en persona. Despues de mirar atentamente al domador en el momento que salia de la jáula, aquel buen amigo frunció los lábios con gesto de desdeñosa burla, haciendo esa especie de significativa mueca que se permiten los hombres superiores para distinguirse del vulgo, y cuando yo manifesté mi asombro por el valor del domador, me dijo con muestras de quien sabe algo y moviendo lacabeza:

—¡Comprendido!

—¿Cómo comprendido? le dije. Si quereis



explicarme en qué está el misterio, os lo agradeceria.

Pocos momentos despues habiamos trabado conocimiento y nos fuimos á comer juntos al primer restaurant que se ofreció á nuestros ojos. A los postres una botella de Champagne refrescó por completo los recuerdos de aquel buen soldado, me contó su historia y al cabo de ella comprendí que habia tenido razon para exclamar:—*¡Comprendido!*

Al llegar aquí nuestra conversacion, entró ella en su casa y me hizo al despedirme tantas súplicas y tantas promesas que consentí en escribir para ella la confidencia del antiguo soldado. Al dia siguiente la envié este episodio de una epopeya que pudiera llevar por título: *Los franceses en Egipto.*

Cuando la expedicion al Alto Egipto emprendida por el general Desaix, cayó un soldado provenzal en manos de los mogrevines y fué llevado por estos árabes más allá de las cataratas del Nilo. Con el fin de poner entre ellos y el ejército francés el suficiente espacio de terreno para su tranquilidad, los mogrevines hicieron una marcha forzada y no se detuvieron hasta la noche, acampando junto á un pozo rodeado de palmeras, cerca del cual tenian precisamente algunas provisiones. No suponiendo que al prisionero se le pudie-

ra ocurrir la idea de escapar, contentáronse con ligarle las manos y echáronse á dormir todos despues de haber comido algunos dátiles y dado cebada á sus caballos. Así que el animoso provenzal vió que sus enemigos no estaban ya en disposicion de vigilarle, cogió con los dientes una cimitarra y sujetando la hoja con las rodillas cortó las cuerdas que le impedian el uso de las manos y hallóse libre. En seguida se apoderó de una carabina y de un puñal, cogió un puñado de dátiles secos, un saco de cebada, pólvora y balas, ciñóse una cimitarra, montó en un caballo y echó á escape en direccion al punto donde suponia debia estar el ejército francés. Impaciente por encontrar un vivac, de tal modo espoleó su cabalgadura, ya fatigada, que el pobre animal cayó reventado dejando al francés en mitad del desierto.

Púsose en marcha á través de la arena con todo el afan de un presidiario escapado, mas al cabo de cierto tiempo vióse el soldado obligado á detenerse, porque se acababa el dia. No obstante lo hermoso que el cielo es durante las noches en Oriente, no se sentia con fuerzas para continuar su caminata. Felizmente pudo ganar una eminencia en cuya cima se balanceaban algunas palmeras cuyas hojas desde hacia rato habia estado viendo y



encalmando las dulces esperanzas de su corazon.

Tan cansado estaba que se echó sobre una roca de granito que por capricho de la naturaleza afectaba la forma de un lecho de campaña y durmióse sin tomar préviamente precaucion alguna. Su último pensamiento fué casi un remordimiento. Arrepentíase ya de haber abandonado á los mogrevines, cuya vida errante comenzaba á tener para él atractivos desde que se veia lejos de ellos y sin amparo.

El sol, cuyos implacables rayos comenzaron á caer de plano sobre el granito, produciendo un calor intolerable, le despertó, pues el provenzal habia tenido la malaventurada idea de colocarse en sentido inverso á la proyeccion de la sombra de las verdes y majestuosas copas de las palmeras. Púsose á contemplar aquellos solitarios árboles, y sintióse conmovido, porque le trajeron á la memoria las elegantes fustes y los capiteles adornados de hojas, que caracterizan á las columnas de estilo árabe de la catedral de Arles. Pero cuando, tras haber contado las palmeras, dirigió las miradas en torno suyo, la más horrible desesperacion se apoderó de su alma ante el espectáculo de aquel océano sin riberas. Las oscuras arenas del desierto se extendian por todas direccio-

nes hasta perderse de vista y reverberaban cual una plancha de acero herida por un vivo resplandor. No podia darse cuenta de si aquello era un mar de espejos ó innumerables lagos unidos entre sí formando un cristal. Sobre aquella superficie movediza, un vapor cálido formaba remolinos ó extendíase en ráfagas. El cielo tenía un resplandor oriental y era de una limpieza desesperante, porque no dejaba á la imaginacion nada que pedirle, y cielo y tierra abrasaban. El silencio que reinaba, imponia por su terrible y salvaje majestad. El infinito, la inmensidad constreñian el alma por todas partes. Ni una nube en el cielo, ni un soplo de viento en el ambiente, ni el menor accidente entre aquellas arenas que se agitaban en silenciosas oleadas. El horizonte, en fin, acababa como se ve en el mar en un dia claro, por una línea de luz tan estrecha, cual el corte de una espada. El provenzal abrazóse al tronco de una de las palmeras, cual hubiera podido hacerlo con el cuerpo de un amigo, y luego, á la sombra estrecha y recta que el árbol dibujaba sobre la roca, se sentó, llorando y contemplando con profunda tristeza la tremenda escena que ante sus ojos se ofrecia. Gritó, como para conmover la soledad, pero su voz, perdida en las cabidades de la eminencia en que se encontraba, solamente produjo un sonido débil



que no despertó ningun eco. Solamente resonó el eco en su corazon, y el provenzal armó su carabina.

—Tiempo habrá, se dijo luego, dejando en tierra el arma homicida.

Tenia veintidos años.

Mirando, ya el espacio negruzco, ya el espacio azul, el soldado pensó en la Francia. Recordó con delicia las calles de Paris, las ciudades por donde habia pasado, los semblantes de sus camaradas, las más pequeñas circunstancias de su vida; y por fin, su imaginacion meridional le hizo ver las campiñas de la Provenza á través de las ondas de fuego que se extendian por la inmensa llanura del desierto. Temiendo los efectos de aquel terrible espejismo descendió por la parte opuesta á la que habia subido á la colina la víspera, y su alegría no tuvo límites al descubrir una especie de gruta formada naturalmente entre las enormes moles de granito que eran la base de aquel montículo. Unos pedazos de estera que en ella habia demostraban que en otro tiempo habia estado habitada. A pocos pasos de allí vió unas palmeras cargadas de dátiles, y entónces el instinto de la vida se despertó en su corazon. Le asaltó la esperanza de vivir hasta que pasasen por allí algunos megrovines ó acaso llegara á sus oidos el estampido de los

cañones, pues en aquellos momentos andaba Bonaparte recorriendo el Egipto y reanimado con tales pensamientos el francés, hizo caer algunos puñados del fruto de que aquellos árboles estaban cargados y conoció al probarlos que el habitante de la gruta habia cultivado las palmeras, pues la pulpa fresca y sabrosa denunciaba tales cuidados de su predecesor.

Pasó el provenzal súbitamente de una sombría desesperacion á una alegría casi loca, y subiendo á lo alto de la colina, ocupóse el resto del dia en cortar una de las palmeras infecundas que la víspera le habian cobijado. Ciertos recuerdos le habian traido á la mente las fieras del desierto, y en la prevision de que pudieran venir á beber en un manantial, cuyas aguas se perdian entre las arenas que lamian la base de las rocas, resolvió prepararse contra sus visitas, atrincheando la entrada de su asilo. No obstante su infatigable ardor y las fuerzas que le prestaba el miedo á ser devorado durante su sueño, le fué imposible cortar la palmera en diversos trozos en el curso del dia, consiguiendo solamente derribarla. Cuando al llegar la tarde cayó aquella reina del desierto, el ruido de su caida resonó á lo lejos, como un gemido lanzado por la soledad, y el soldado tembló cual si hubiese oido una voz que le predecia alguna desgracia. Pero,



semejante al heredero que no se conduele largo tiempo de la muerte de su pariente, despojó al bello árbol de las largas y anchas hojas que contituyen su adorno, y se sirvió de ellas para reparar la estera sobre la cual se acostó, y fatigado por el calor y el trabajo, quedóse dormido bajo el rojizo techo de su húmeda gruta.

A mitad de la noche un ruido extraño le despertó. Incoporóse en su lecho, y el profundo silencio que reinaba le permitió distinguir el alternado acento de una respiracion, cuya salvaje energía no podia pertenecer á criatura humana.

Un terror profundo aumentado por la oscuridad, el silencio y los fantasmas de la imaginacion, le heló el corazon, y sus cabellos se herizaron cuando á fuerza de abrir los ojos apercibió en la sombra dos pupilas amarillentas y luminosas. En un principio atribuyó aquellas luces al reflejo de sus propias pupilas, pero muy pronto los mismos reflejos nocturnos vinieron gradualmente á ayudarle á distinguir los objetos de la gruta, y apercibió un enorme animal á dos pasos de distancia. ¿Era un leon, un tígre ó un cocodrilo? Faltábale al provenzal la suficiente instruccion para deducir á qué género ó especie pertenecia su enemigo, pero su espanto era tanto mayor,

cuanto que su ignorancia le presentaba reunidos todos los peligros imaginables. Pasó por el cruel suplicio de escuchar y contar todas las inflexiones de aquella respiracion sin perder una ni atreverse á hacer el más ligero movimiento. Un olor fuerte como el de las zorras, pero más penetrante, más grave, por decirlo así, llenaba la gruta, y el provenzal con todo esto llegó al colmo en su terror, pues no le quedaba duda de la existencia de su terrible acompañante, cuyo antro real habia él convertido en vivac. Pronto los rayos de la luna que descendia por el horizonte alumbraron el cubil é hicieron brillar suavemente la manchada piel de una pantera. Aquella hija de Egipto dormia como un perro pacífico poseedor de un elegante nicho á la entrada de un hotel, sus ojos que habia abierto durante un momento, habíanse cerrado de nuevo, y tenia el rostro vuelto hácia el francés. Mil confusos pensamientos pasaron por el alma del prisionero de la pantera. Pensó primero en matarla de un tiro de su fusil, pero consideró que no habiendo entre ambos suficiente espacio para apuntar el cañon pudiera tropezar al animal y despertarla, y ante esta idea permaneció inmóvil oyendo los latidos de su propio corazon en el silencio y maldiciendo las fuertes pulsaciones causadas por la afluen-



cia de sangre que temia turbara aquel sueño que le permitia disponer despacio del tiempo para buscar un remedio conveniente. Dos veces llevó la mano á su cimitarra con intento de degollar á su enemigo, pero la dificultad de cortar aquel pelo espeso y duro le hizo renunciar á tal proyecto que de no conseguirlo sería su muerte segura. Prefirió los azares de un combate y resolvió esperar la luz del dia que por cierto no se hizo esperar. El francés pudo entónces examinar la pantera. Tenia el hocico lleno de sangre.

—Se conoce que ha comido bien—pensó, sin inquietarse de si el festin habia sido de carne humana—no tendrá hambre cuando se despierte.

Era una hembra. La piel del vientre y de los muslos brillaba de blancura; aterciopeladas manchas formábanla lindos brazaletes en torno de sus patas; su cola musculosa era igualmente blanca terminando en negros anillos; la capa amarilla como el oro, lisa y suave, estaba sembrada de esos característicos lunares dibujados en forma de rosas, que distinguen á las panteras de las demás especies felinas. La tranquila y temible huéspeda roncaba con la pausa graciosa de una gata dormida sobre el cojin de un sofá, y sus ensangrentadas patas redondas y bien armadas